

# ¡Que se manchen las flores!

(Cuento)

Escribe: JOSE PUBEN

A la hora del sueño. En la mañana. Casi a las cuatro llegó Efraín envuelto en una ruana que abultaba su cuerpo y lo confundía, entre sombras, con los árboles vecinos.

Vaciló ante la puerta. Parecía escuchar el silencio: el silencio y la cortina de niebla matutina que invadía los contornos.

Por un momento se alejó sin pretender llamar; sin embargo, regresó desviando sus pasos hacia la última ventana de la casa. Con los nudillos de su mano golpeó suavemente la madera, mientras susurraba algo incomprensible. El mismo movimiento e iguales palabras volvió a repetir, al final de una pausa sin respuesta.

Un movimiento de persona que se levantaba e intentaba abrir la ventana se escuchó en el interior. El rostro de una mujer desgredada y sonriente resaltó, pálido y descuidado, sobre el oscuro fondo.

—“Eres... tú?...”, dijo la mujer con palabras entrecortadas.

El hombre no contestó. Arropado con la ruana permaneció callado.

—“¿Por qué vienes tan tarde?”, añadió la mujer.

—“Ya es de día... ¿No crees?”, respondió con gesto indiferente.

—“Bueno...”.

—“¿Se puede entrar?”.

—“Habla más pasito, por favor... Espera... ¡No quiero que nadie se despierte!”.

*“¡Que nadie se despierte!*

*¡Siempre que nadie se despierte!”.*

Y abrió la puerta con cuidado esperando no hacer ruido. Y se quedó en la sombra, abrigada con su cobija, mientras el hombre entraba. Este, siempre en actitud de perseguido, con gestos de desconfianza que pretendía

no hacer notar, cruzó el umbral —no sin cierto temor— pese a encontrarse en casa de amigos. Venía, como siempre, a la espera de las caricias de su amante.

Guiado por la mano de la mujer cruzaron el oscuro corredor hasta alcanzar la puerta del cuarto, que ella reconoció con el tacto.

Con un movimiento demasiado brusco, para el silencio que imperaba, Olga empujó la puerta, a la vez que trataba de encender una vela. La luz del fósforo —que transparentó la oscuridad— le permitió observar el momento en que el hombre colocó, al lado de la cama, el fusil que traía escondido entre los anchos pliegues de la ruana.

\* \* \*

Efraín apuntó a través de la mirilla del fusil.

A lo lejos, la figura del anciano jardinero avanzaba por el camino que serpenteaba en la montaña.

Era una soleada mañana que revivía los arbustos y el pasto cubierto de fina escarcha.

Con el fusil descansando sobre el marco de la ventana, el hombre seguía pacientemente la sombra que había reconocido a la distancia.

El movimiento del fusil era leve, casi sin importancia, en relación con los pasos del anciano. Aquello era un juego. ¡Todo un juego con la muerte!

*(Habían pasado la mañana entre el lecho. Y a los primeros síntomas de calor —cubierta con una floreada bata de tela ordinaria— Olga permitió el paso de la luz a través de la ventana. El hombre, aún desnudo, se cubría con una punta de la colcha en perezoso gesto. Un rato después descansaba contra la pared, apoyado sobre la almohada).*

Mientras tanto, sentada sobre la cama la mujer reía coquetamente y arreglaba sus cabellos. Una de sus piernas, desnuda hasta el muslo, rozaba intencionalmente el pie derecho del hombre.

Aparentemente despreocupada, su risa era un poco nerviosa e inestable y traía un ligero timbre de horror. *Era una risa. RISA. Una risa...*

*“Ese viejo hijuemadre me gritó una vez. Dos. Diez veces. Porque nos robábamos las flores. Fue jardinero de los Hurtado. LOS SEÑORES HURTADO. Recuerdo que muchas veces pensamos “si Manuel pudiera darle una pedrada en la frente y derribarlo para que no joda...”. Eran lindas las flores y matas que cuidaba el vergajo. Nos perseguía por el potrero gritando; pero siempre le dimos caramelo. Y si me provoca (¿por qué no voy a poder?) puedo joderlo en nombre de los muchachos!”.*

Efraín apretó suavemente el gatillo. Un disparo cruzó, frío y cortante, la montaña.

El anciano, herido de muerte, confundió su sombra con el paisaje.

A la vez, la mujer acentuó la risa y abrió aún más el ala izquierda de la ventana, que continuaba parcialmente cerrada.

En verdad, la risa de la mujer no se justificaba: por la distancia, por los cerros, caminos y viviendas circunvecinas nadie podía sospechar de ellos, de su casa, de su ventana. Además, era difícil o fue difícil definir el disparo. Ningún recuerdo de la detonación perduró en la memoria de los vecinos de la tranquila vereda de *Jesús María*.

El hombre, un poco molesto con las carcajadas de su amante, la interpeló violentamente.

—“¿De qué te ríes, estúpida?”.

La mujer agitó los brazos convulsionados por la risa. Por último, señalando con el dedo la sombra del anciano muerto, con la voz entrecortada y burlona, le dijo:

—“¡Dicen que Salomón Vanegas, el jardinero, era tu padre!”.